

Nosotros, los finiseculares

Sólo los ornamentos funerarios/ fueron
tus posibilidades/ de belleza.

Hans Schuster: *Tras la muralla del paisaje*

1. Los antecedentes inmediatos

La pérdida de un puñado de narradores, situados en la antesala de su frustrado ingreso en la escena de las letras, y el abandono del país por parte de escritores como Antonio Skármeta, Poli Délano y Hernán Lavín Cerda, tras el alzamiento del ejército chileno en 1973, son, a mi juicio, dos hitos que prefiguran el advenimiento de la nueva promoción de narradores del posgolpe, cuya gestación se ha desarrollado en un contexto precario y opresivo.

El extravío de tres estupendos prosistas, en las hogueras callejeras que devoraron miles de ejemplares, o en la guillotinas de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones de Puente Alto, que hicieron picadillo todo material considerado como «subversivo» por los censores (reciclado, posteriormente, en «papel cebra» para envolver), significó un retraso importante en la evolución progresiva que hasta entonces había mantenido el cuento chileno, a lo largo de sus setenta años de cultivo persistente.

En efecto, figuras como Miguel Cabezas (1936), Salomón Meckled (1942) o Jorge Ojeda (1944), debieron encarnar el puente de la transición generacional entre sus hermanos mayores, ya por entonces maduros y consagrados, y los más jóvenes, que a la sazón contábamos con edades de entre quince y dieciséis años. Pero, tanto o más significativo que el despliegue paulatino de las promesas del oficio, que habían venido superponiéndose una a una en los anillos del tronco cuentístico en el devenir de las letras chilenas, desde Baldomero Lillo hasta nuestros días, fue la destrucción de sus escritos, primero; y la muerte, después, en el secreto insondable del olvido. ¿Que había de novedoso en ellos? ¿Cuáles eran los rasgos que les diferenciaban de sus pares más avanzados?

La medida del tono narrativo, el control cauteloso de las palabras, cierta formalidad en la organización de la anécdota, y todavía un resquicio del ensamblamiento lúdico de planos y de perspectivas en la narración, son los rasgos formales más sobre-

salientes de cuentos como «El rescate», «Un cigarro para Descartes» y «Con la camiseta empapada», de Cabezas, Meckled y Ojeda, respectivamente. Pero lo más llamativo de aquellos relatos (cuya lectura nos ha hecho verdadera falta en todos estos años) es el fondo de sombras y de pesimismo que late en cada una de sus páginas. Un combatiente seguro de no llegar a correr jamás por los campos de tulipanes en flor cogido de la mano de Lucienne, y que sin embargo, sueña con ello, sumido en el *spleen* de su débil esperanza; el rostro avieso de un interrogador de la Policía Civil que, en su día, le negara un cigarrillo al empobrecido profesor de filosofía; la suerte miserable de un empleado de fábrica, derrotado en un encuentro de fútbol... El contenido de cada uno de estos argumentos comenzaba ya a distanciarse del inusitado entusiasmo y el desenfado que cuentistas como Carlos Olivárez, o como el propio Skármeta, habían conseguido plasmar, con genuina destreza, en libros tales como *Concentración de bicicletas*, o *Tiro libre*, recurriendo, para ello, a la cotidianeidad más pedestre, y a la coloquialidad del lenguaje, en base a lo cual se conformaría, luego, la tendencia *infrarrealista* que les caracteriza.

La historia, o el ramalazo más cruel de su espiral, no fue generoso con ellos. Sus cuentos, publicados en el volumen *Cuento 72 Quimantú*, se consumieron en las fogatas de Santiago, y luego, sin saber que aquellas páginas encarnaban la inmediatez de nuestra historia generacional, utilizamos el papel reconvertido de sus cuentos para envolver el avituallamiento de nuestra vida cotidiana. Nunca más hemos vuelto a tener noticia de ellos, pero hoy sabemos que el advenimiento de nuestra generación traía oculta en su prehistoria, en sus antecedentes inmediatos, la transición nonata, el recuerdo de una muerte pasajera, la enseña de unos autores condenados al anonimato. Quizá debido a esta pérdida, alojada en la trastienda de nuestra memoria, advertimos de súbito nuestra soledad, y fue en esos momentos, alrededor de 1980, cuando la nueva cuentística chilena comienza a hacerse notar por diversos medios, que se reclamaron los derechos de una paternidad ausente.

Sin otro propósito que el de perfilar unos rasgos que nos precisaran en el contexto literario nacional, se acusó de la partida de los «maestros», lo que equivalía a denunciar un abandono, del cual los únicos responsables eran, tal vez, quienes les habían empujado a salir del país. Con ellos, radicados en Berlín, México o Barcelona, nuestra generación de prosistas se asomó al mundo de las publicaciones con un sello indeleble: la orfandad.

Pero, si algo más profundo que el mero reclamo de las ausencias subyace al acuse de nuestra orfandad literaria, es el producto incipiente de habernos forjado como una generación «no beligerante», deseosa de sobreponernos a los recelos que causan conflictos o querellas; y, ansiosos de suplir la carencia del temple democrático, político e institucional, aplastado tras la asonada del cabo de guardia, hemos propiciado el entendimiento entre todos nuestros predecesores vivos, y fundamentalmente, con el conjunto de la tradición más granada de nuestra historia literaria. Hemos nacido, víctima de antemano de las circunstancias, como una generación «blanca» de narradores, en la cual, aparentemente todos, y todo tiene cabida.

2. El perfil generacional

Lo escéptico, lo refundacional, lo deconstruccionista y lo suplementario, es lo que define la máscara imperfecta de nuestra generación narrativa, surgida con retraso en el cronómetro de una historia de fin de siglo, todavía sin que se acabe de escribir. El «marginalismo» que nos autoinmola, y que nos arrebató, de algún modo, la verdad por anticipado, que nos hace renunciar a ella, es precisamente ése «estar fuera de tiempo», e indudablemente, «fuera de lugar», inconformes con una «realidad adversa», de expresiones bien concretas en la depresión de la industria editorial, en el fantasma de la censura, en el reclamo de una paternidad diluida, innecesaria en la actualidad. La extraterritorialidad es una impronta de nuestra gestación, tanto en su expresión interna como externa. Y qué decir de nuestros compañeros que se radicaron temporalmente en el extranjero, por aquello de que el escritor es un camino sin fronteras.

La extemporaneidad se ha puesto de manifiesto en muchos de nuestros cuentos, ya que recuerdan, hoy, aquellos que fueron pasados por la histeria inquisitorial de quienes encendieron las fogatas en las avenidas confluyentes hacia Plaza Italia.

Una consecuencia importante del «estar fuera de lugar», es pues el escepticismo que se ha generado a raíz del fracaso del proyecto socialista encabezado por Salvador Allende. Tras la pulverización de las ilusiones del cambio, tuvimos que adecuarnos a las categorías ignotas de la intimidación y de la fragilidad de la vida, originadas por las coordenadas semánticas y factuales del régimen militar. La preocupación latente por un entorno de violencia, de agresividad, ha sido transferida a la incerteza profunda de no poder medir el impacto que cobra la noción del equilibrio, fundada sobre las bases de un terrorismo de Estado que ha inmovilizado a la sociedad chilena, en toda la dinamicidad inmanente a sus interrelaciones de comunicación, políticas y sociales.

Derivamos hacia el escepticismo debiendo razonar a contrapelo, por cuanto ya no era posible vincularse a un saber firme, a un absoluto incondicional. ¿Era posible volver a enarbolar las banderas que alzaron los entusiastas y marcusianos escritores de 1972, utópicos y revolucionarios?...

Lastrados por las secuelas de una memoria colectiva abarrotada de muertes, heroísmos suicidas y cuerpos mutilados, los narradores de 1987 nos hemos gestado envejecidos a primera vista, ante un fin de siglo nada generoso, y a lo mejor (no lo sabemos aún), ya desahuciados. Ésta es la medida de nuestro pesimismo, de un «seguir las formas» o de hacer lo posible por restituir las, tras el experimentalismo narrativo que propiciaron los *infrarrealistas* de la Generación de 1972.

Quizá las raíces de este escepticismo, ciertamente nocivo, se encuentren en el sedimento de la carencia. La carencia manifestada en su grado absoluto: la falta de libertad. Pero también carencia de tradición inmediata, temporal y espacialmente próxima, desmembrados de las cadenas de relevos generacionales que habían operado en el seno de nuestra historia literaria con asombrosa regularidad.

Esta carencia involuntaria, recuerda, paradójicamente, los primeros pasos que diera la literatura nacional, allá por 1842, cuando José Victorino Lastarria escribe y pronuncia el discurso inaugural de la *Sociedad Literaria*. La coincidencia no es plena. La generación del romanticismo social desconoció a propósito el pasado. Obtenida la independencia, en 1810, se hizo necesario desvincularse de los lazos materiales e intelectuales que nos ataban a la metrópoli, y entre esos lazos, el enfático y mal entendido desconocimiento de la literatura hecha en Chile por autores peninsulares. No reconocidas sus obras como pertenecientes al patrimonio de la joven república, solamente quedaron las manifestaciones artísticas elaboradas con criterios muy distintos a los accidentales, y para colmo, vehiculados en una lengua exclusivamente oral —el *Huilliche Mapuche*— que los criollos no quisieron comprender. «Apenas ha amanecido para nosotros el 18 de septiembre de 1810 [observa José Victorino Lastarria en su discurso inaugural], estamos en la alborada de nuestra vida social, y no hay un recuerdo tan sólo que nos halague, ni un lazo que nos una al pasado antes de aquel día...».

Ante el yermo panorama que creyeron ver hacia atrás, los literatos de la época decidieron construir todo desde el comienzo, iniciar actos fundacionales. Fue precisamente Lastarria el hombre encargado de dictaminar las pautas de nuestra literatura naciente. Destacan en esos momentos de incertidumbre, de confusión, aquellas palabras de Lastarria cuando afirma: «No perdáis jamás de vista que nuestros progresos dependen enteramente del giro que demos a nuestros conocimientos en su punto de partida. Éste es el momento crítico para nosotros...»

138 años después del manifiesto fundacional de Lastarria, los signos vuelven a repetirse. Nada hay entre el pasado más inmediato y nosotros que se identifique con las nuevas circunstancias en que vivimos. Pasado inexistente y momento crítico en 1842, vinculan el presente de un nuevo gesto, refundacional, de superación de una coyuntura ulterior al golpe de estado de 1973. En ambos casos, el determinismo de lo político-institucional es trascendental: en el pasado, el nacimiento de la república, y el abandono de una cultura de dominación; hoy, el fin del estado de derecho, y el derrumbe de la cultura democrática. Es de esta forma que la nueva narrativa chilena ha intentado superar ese retraso «literario» devenido de la pérdida y los abandonos, y se ha propuesto, con encomiable esfuerzo, buscar un nuevo punto de partida para la prosa breve nacional, refundarla. Reescribir la historia del relato nacional significa, primero descomponerlo, para volver a construirlo de otro modo; iniciamos así, un proceso de deconstrucción narrativa.

Los narradores de la generación de 1987 somos una promoción que nació y se formó en la encrucijada de dos épocas distintas, contrapuestas entre sí. De una parte, somos la espuma que dejó la efervescencia de las mareas de los años 60 sobre la playa de la utopía; y de otra, la resaca profunda de lo que sobrevino en 1973, dentro de nuestras fronteras; y más allá de ellas la sensación generalizada de inestabilidad, que, como producto residual del orden disuasorio de Occidente, ha experimentado el hombre moderno.